

# Un país sin memoria: la necrodeixis en *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor

---

Francisco G. Tijerina Martínez  
Washington University in St. Louis  
[francisco@wustl.edu](mailto:francisco@wustl.edu)

## Abstract

Contemporary Mexico has been characterized by maintaining a close relational bond with violence. Its structures, institutions, and policies, despite having numerous faces, parties, and ideologies, have been key factors shaping space and time, especially for peripheral and marginalized communities. Through a critical reading of Fernanda Melchor's novel *Hurricane Season*, I present the role of contemporary fiction as crucial for understanding, situating, and recontextualizing Mexico's recent history regarding systemic violence. Through the coining of *necrodeixis* I formulate an approach anchored in the use of mimetic and fictional tools that narrate a moribund spatiotemporal crossing, as well as its conditions. Finally, I propose a hopeful reading derived from the ending of Melchor's novel.

**Keywords:** Hurricane Season, Fernanda Melchor, necrodeixis, precarization, violence.

### **Resumen**

El México contemporáneo se ha caracterizado por mantener un estrecho vínculo con la violencia. Sus estructuras, instituciones y políticas, a pesar de contar con numerosos rostros, partidos e ideologías, han sido condicionantes claves en la formación del espacio y tiempo, en especial de las comunidades periféricas y precarizadas. A través de una lectura crítica de la novela *Temporada de huracanes* de Fernanda Melchor, planteo un análisis del rol de la ficción contemporánea como clave para comprender, situar y recontextualizar la historia reciente de México con respecto a la violencia sistémica. A través del concepto de *necrodeixis* propuesto en este trabajo, formulo un estudio del uso de las herramientas miméticas y ficcionales que narran un cruce moribundo espaciotemporal y sus condiciones. Finalmente, propongo una lectura esperanzadora ligada al propio final de la novela de Melchor.

**Palabras clave:** Temporada de huracanes, Fernanda Melchor, necrodeixis, precarización, violencia.

¿Ya vieron? ¿La luz que brilla a lo lejos? ¿La lucecita aquella que parece una estrella? Para allá tienen que irse, les explicó; para allá está la salida de este agujero.

—Fernanda Melchor, *Temporada de huracanes*

**E**l México contemporáneo se ha caracterizado por mantener un estrecho vínculo con la violencia. Sus estructuras, instituciones y políticas, desarrolladas de forma intencional o fortuita, han sido condicionantes claves en la formación de un espacio y tiempo que fluye y opera en distintas sintonías para la ciudadanía. A pesar de contar con numerosos rostros, partidos e ideologías, las comunidades que han sido históricamente marginadas y precarizadas, aquellas que usualmente se encuentran en las periferias de los centros urbanos, han sufrido en mayor proporción los embates de dicha desigualdad. La desigualdad, aunada a la persistente violencia que azota a periodistas y activistas por igual, ha provocado que la producción cultural responda a la necesidad de representación de las identidades individuales y colectivas que habitan dichos espacios. No obstante, no todas las representaciones son equiparablemente acertadas.

En el marco de uno de los sexenios más peligrosos para ejercer el periodismo en el estado de Veracruz es que Fernanda Melchor publica *Temporada de huracanes* (2017). La novela se sitúa en La Matosa, un asentamiento carretero que une a la ciudad con el proyecto extractivista petrolero, y relata como hecho central la muerte de la Bruja. Este evento catalítico sirve como detonante para develar, a través de una narración que hace uso de la estética del chisme para desafiar las narrativas “unívocas” e “históricas” de un país marcado por impunidad y crímenes de Estado. Como ya ha abordado la crítica literaria, el chisme es un mecanismo subversivo que pone en tela de juicio las versiones oficialistas del gobierno (Robles Lomelí; Rodal Linares). De esa forma, el acercamiento que propone Melchor, centrado en la voz de personajes como Luismi, Yesenia, Munra, Chabela, Norma y Brando, entre otros, visibiliza la

necesidad de narrativas matizadas que centren la experiencia de aquellos sujetos que han sido marginados y que habitan un tiempo y espacio de mortandad que se demarca con lo que llamo la “necrodeixis”.

La necrodeixis o lo necrodeíctico se construye a través del prefijo “necro-” que significa “muerto” y deixis o deíctico que alude, de acuerdo con John Lyons a la ubicación e identificación de personas, objetos, eventos, procesos y actividades de las que se habla o se hace referencia con relación al contexto espaciotemporal (637). En ese sentido, utilizo aquí el marco de lo necrodeíctico como un tropo que permite hablar por, con y de la muerte desde una posición corporal, en un cruce temporal y espacial. La marginalidad, el olvido y la violencia sistémica a la que son sometidos los personajes de Melchor se insertan entonces dentro de este contexto que requiere una lectura crítica que parta desde este marco referencial. Vale la pena también integrar este término en el diálogo iniciado por Achille Mbembe en *Necropolítica* (2011) y retomado por Cristina Rivera Garza en *Los muertos indóciles* (2013). Para Mbembe, la necropolítica y el necropoder se sitúan en un locus común para territorios con un pasado de opresión colonial como México, pues en estos espacios impera “un poder difuso, y no siempre exclusivamente estatal, [que] inserta la ‘economía de la muerte’ en sus relaciones de producción y poder” (13). Rivera Garza, por su parte, introduce a México en este marco establecido por Mbembe, apuntando a cómo el Estado mexicano se entreteje entre la violencia y la política. O, dicho de otra forma, a cómo México se sustenta a través de un modelo de violencia política-económica-social que determina una escala de valores en la cual lugares como La Matosa y sus habitantes son calificados como paisajes desechables.

En el diálogo entre lo necropolítico y lo necrodeíctico surge una forma de identificación de políticas neoliberales que generan un desgaste exacerbado de los individuos en pro de la maximización productiva, tal como se puede observar en textos como *Temporada de huracanes*. Es por ello que propongo

una lectura necrodeíctica de la novela de Melchor, estudiando los sucesos que representa y la relación que propone con referencias a la realidad nacional contemporánea. Es decir, realizar este análisis implica establecer el nivel mimético que existe entre el tiempo, el espacio y el cuerpo representados en la obra de arte que se inserta en la realidad, así como el valor del nivel metafórico que irrumpe en una realidad pesimista donde la permanencia y persistencia de la violencia imperan.

La novela posibilita una lectura necrodeíctica porque la narración no se relaciona con un tiempo, espacio y cuerpo vivos, pues la condición residual del mundo narrado propicia la relación del lector con tiempos, espacios y cuerpos muertos. El asesinato de la Bruja enmarca la fuerza narrativa de *La Matosa*. La muerte, a manos de Luismi y Brando, se presenta con la imagen sombría del cuerpo en el río, con “el rostro podrido de un muerto entre los juncos y las bolsas de plástico que el viento empujaba desde la carretera, la máscara prieta que bullía en una miríada de culebras negras, y sonreía” (Melchor 12). Asimismo, la aparición de la figura de El Abuelo, hacia el final de la novela, da paso a la posibilidad de un sepulcro digno para los restos de la Bruja, dándole cierre a su relato. La vida de la Bruja, considerada doblemente como un residuo, físicamente por su condición material en detrimento tras la muerte e históricamente al ser un ser marginado socialmente en el cruce de lo social-político-cultural-económico, inicia la narración colectivizada que es *Temporada de huracanes*.

En el plano extraliterario, las historias de los seres considerados residuales, habitantes de comunidades ignoradas por el neoliberalismo, entran en la narrativa mediática sólo cuando se descubren sus cuerpos. Fernanda Melchor, quien además de narradora es egresada de la licenciatura en periodismo de la Universidad Veracruzana, profesión que ejerció y que dio paso a otras publicaciones como *Aquí no es Miami* (2013), se valió de la documentación del caso de Raúl Platas Hernández, “El Brujo”, para desarrollar esta novela.

Gracias al anclaje histórico que le proveyó el caso de este hombre es que aquí se analizan las condiciones temporales, espaciales y corporales extratextuales que permiten observar un diálogo entre la novela y sus lectores situados en un contexto preciso.

En la época del capitalismo tardío, los relatos ajenos a la narrativa convencional de las versiones oficiales, centradas casi exclusivamente en el progreso de lo urbano, tienden a ser necrodeícticos, es decir, apuntan hacia los márgenes residuales y excluidos, rechazados y olvidados por la modernidad neoliberal. Prueba de ello es que los habitantes de una región periférica como la ficcional La Matosa aparezcan en la narrativa sólo después de una muerte, pues, en palabras de Hito Steyerl, estas personas “son rotadas dentro y fuera de los territorios, clasificadas según su afinidad con la hegemonía actual” (25). Y es que las condiciones sociales de este tipo de espacios exigen que la economía se desarrolle ahí sólo de forma no convencional, de ahí que se puedan categorizar como colectividades en resistencia a manos de un modelo social basado en el *diseño de asesinato* (Steyerl 28). La falta de estructuras públicas puede a su vez verse como una forma de violencia, como una política de olvido ligada a la idea de que “todo es demasiado complicado de entender y demasiado específico como para poder resolverlo” (Steyerl 28).

La manera en que se relega a los cuerpos en las periferias a comerciar con sus cuerpos o sustancias lícitas e ilícitas, como única alternativa para la supervivencia, debe considerarse una práctica de *necroempoderamiento* capitalista a la que Sayak Valencia define como parte de “los procesos que transforman contextos y/o situaciones de vulnerabilidad y/o subalternidad en posibilidad de acción y autopoder, pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas” (31). Es por ello que, así como los habitantes de La Matosa,

[a]l carecer de representación en los discursos de la resistencia, todos aquellos sujetos marginados, y no marginados, que se ven afectados por las demandas del hiperconsumo tienen la posibilidad de devenir endriagos, ya que para

los endriagos su representatividad se basa en el poder adquisitivo y en la reconfiguración del concepto de resistencia por medio de acciones distópicas; así el endriago busca perfilarse desde una tangente que históricamente había sido confinada a lo vedado: el crimen. (Valencia 99)

El necroempoderamiento al que hace referencia Valencia posibilita una mirada necrodeíctica para entender el contexto temporal y espacial en el que se desenvuelven los personajes de la novela de Melchor, pues en sus cuerpos, o en la muerte de estos, es donde resulta el cruce entre los elementos de la necrodeixis.

Regresando al centro de lo deíctico, la sociedad experimenta el tiempo de forma narrativa, pues, tal como explica Paul Ricoeur, “el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal” (34). De la misma forma, Eduardo Ismael Murguía considera la memoria como nuestra construcción narrativa del tiempo: “si el espacio y el tiempo son los apriorismos sobre los cuales se define la existencia, la consciencia de ellos inserta al hombre en la historia” (19). Esta memoria a la que hace referencia Murguía se puede dividir en individual y colectiva. La tradición de las historias, de la memoria individual que construye la memoria colectiva, de las versiones de lo que excede la urbe, de lo precario, marginal y periférico, eso es lo que interesa al abordaje necrodeíctico.

Tomando en consideración la inscripción de las sociedades actuales en una lógica basada en el capitalismo, me parece justo apuntar cómo los personajes de la novela exceden los límites de ésta. La lógica de los eventos históricos trascendentes, o con los que se cuenta el flujo del tiempo, no permite considerar y contabilizar a los seres periféricos y precarizados hasta que llega su muerte, por lo cual no existe un estado de bienestar. Esta ausencia se percibe en el hecho de que la muerte sea lo que los hace relevantes, convirtiéndolos en estadística que ilustra las noticias de inseguridad en el país. En este tipo

de ejercicios narrativos, entre el cruce de lo real y lo ficticio se genera un espacio de desautomatización y extrañamiento que permite un acercamiento matizado sobre las experiencias de seres que frecuentemente son reducidos a estadísticas y a su toma de decisiones dentro de un contexto que no ofrece condiciones materiales para algo distinto.

## Condiciones necrodeícticas

A partir de la capacidad mimética de la novela, me parece necesario describir las nociones que forman parte central de los condicionamientos que generan múltiples formas de violencia y víctimas representados a través de *Temporada de huracanes*. Estas condiciones son las que aportan a una lectura situada del texto en términos de lo real.

En primera instancia, considero que existen dos cuestiones importantes que enmarcan el contexto de la novela: el capitalismo y el periodo neoliberal. Así como establece Mabel Moraña, observo que el texto de Melchor nos posiciona en un capitalismo que se define por “la reproducción infinita del deseo insatisfecho, el cual se extiende mucho más allá de los límites de la necesidad real o imaginada hacia un terreno indefinido, ilimitado y controlado por la ansiedad, la codicia y los procesos de compensación simbólica” (Moraña 29). En conexión con ello, Rossana Reguillo propone que el neoliberalismo:

equivale a un poder de ocupación y [...] su signo más radical es el de la transformación de la sociedad “desarrollista” en una sociedad bulímica que engulle a sus jóvenes y luego los vomita: en narcofosas, en la forma de cuerpos ejecutados y torturados; en la forma de cuerpos que ingresan a las maquilas como dispositivos al servicio de la máquina; como migrantes; como sicarios, “halcones”, “hormigas”, “mulas” al servicio del crimen organizado; como soldados sacrificables en las escalas más bajas de los rangos militares; como botargas acaloradas de las firmas de *fast food* que proliferan en el paisaje o [...] como cuerpos esclavizados. (54-55)

Estas dos acepciones, tal como son definidas por ambas autoras, permiten observar un patrón insostenible para las sociedades. El deseo ilimitado, aunado a los modelos de producción y consumo del neoliberalismo, no posibilita el desarrollo de todos los individuos que integran una sociedad al contemplar las estrategias de poder bajo las cuales se inscribe a los que se encuentran en una escala menor de jerarquía adscrita a la economía de muerte a la que hace referencia Mbembe, abusando de su condición precaria y aumentando, aún más, dicho grado de precarización. Esto resulta, en términos de Reguillo, en una sociedad que usa y engulle cuerpos para sus propios fines progresistas, tal como observaremos a lo largo de *Temporada de huracanes*.

Ahora bien, uno de los referentes miméticos más puntuales con los que cuenta la novela de Melchor es el relacionado a su estructura a partir de un tiempo residual o excedente. Dicho de otra manera, en la novela se articula una memoria colectiva que es ajena al proyecto neoliberal y cuyos acontecimientos no son prioritarios para la economía nacional. Algunas de las alusiones que permiten construir un puente entre la novela y la realidad mexicana son: el fichaje de Javier Hernández Balcázar, “El Chicharito”, en el club de fútbol Manchester United: “playera del Manchester con el número del Chicharito en la espalda” (90); o la presencia de letras musicales de artistas como Espinoza Paz: “*me haré pasar por un hombre normal*, y Norma estuvo a punto de lanzar un grito, *que pueda estar sin ti, que no se sienta mal*” (149, cursivas en el original); Daddy Yankee: “[a] *ella le gusta la gasolina*, con una mano en la cintura y otra sujetando su corona, dale más gasolina, y aquella mirada vacía, casi espantada, *cómo le encanta la gasolina*” (170); Ana Gabriel, Dulce, Yuri:

*y la verdad es que estoy loca por ti, que tengo miedo de perderte alguna vez; o: seré tu amante o lo que tenga que ser, seré lo que me pidas tú; o: detrás de mi ventana, se me va la vida, contigo pero sola; (178)*

y Luis Miguel:

*[n]o sé tú, cantaba el bato, pero yo no dejo de pensar, con aquella voz que era límpida como el cristal, ni un minuto me logro despojar, trémula como una cuerda vibrando, de tus besos, tus abrazos, de lo bien que la pasamos la otra vez.*  
(180)

Con ello se implica la exigencia de poner la novela en conversación con textos o planteamientos semejantes, pues hay un uso evidente de las canciones para generar un diálogo directo con la narración. Otra prueba de ello es el epígrafe, “[a]lgunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios” (9), de la novela *Las muertas* de Jorge Ibargüengoitia, que retoma el caso de las hermanas Poquianchis y lo ficcionaliza, o la mención del trabajo periodístico de Yolanda Ordaz y Gabriel Hüge en la sección de agradecimientos de la novela; los espacios periféricos relatados y los cuerpos que los habitan, atravesados por las políticas del capitalismo tardío que de igual forma es ejemplificado en la narración, denotan carencias estructurales que permiten localizar el texto de Melchor en un México contemporáneo. A través de estas prácticas se reafirma la relación entre lo real y lo ficcional, entre lo histórico y lo imaginado. Esto remite a la realidad violenta a la que están expuestos millones de mexicanos mientras crea una forma de relación afectiva a través de la estética narrativa, creando un gancho de atención que dista de los medios informativos tradicionales que abordan comúnmente estos casos.

Un punto clave a destacar es el espacio de La Matosa. Esta fue construida “sobre los huesos de los que quedaron enterrados bajo el cerro” (Melchor 25), lo cual sugiere una clara relación con la muerte, la tradición y la memoria como aspectos latentes en la conformación del espacio. Sin embargo, la novela se sitúa todavía de forma más clara en esa violencia a través de una doble explotación característica de lo necrodeíctico. Desde el inicio de la

novela, Melchor describe este espacio como uno que deriva directamente de la actividad extractiva, pues

tuvieron que pasar años para que la gente volviera a la casa entre los cañaverales [...] gente de fuera, en su mayoría atraída por la construcción de la carretera nueva que atravesaría Villa para unir con el puerto y la capital los pozos petroleros recién descubiertos al norte, allá por Palogacho, una obra para la que se levantaron barracas y fondas y con el tiempo cantinas, posadas, congales y puteros en donde los choferes y los operadores y los comerciantes de paso y los jornaleros se detenían para escapar un rato de la monotonía de aquella carretera flanqueada de cañas. (25)

La actividad de explotación, en este caso, es territorial y corpórea, un binomio indivisible, tal como establece Rita Segato al afirmar que “toda empresa extractivista que se establece en los campos y pequeños pueblos de América Latina [...] trae consigo o es, inclusive, precedida por burdeles y el cuerpo-cosa de las mujeres que allí se ofrecen” (11). En ese sentido, no parece raro que Melchor coloque a La Matosa en la misma tradición que confluye el deseo capitalista con el deseo masculino, tal como se ha expuesto en estudios previos (Di Bernardo; Loría y Tijerina). Allí se explota Palogacho, donde se encontró petróleo, y se explotan los cuerpos residentes de La Matosa que llegaron tras el hallazgo de los yacimientos a través del comercio precario e itinerante del cuerpo.

Uno de los condicionantes más importantes a los que se ve sometido el pueblo de La Matosa es su baja movilidad social que se observa a través de personajes como Luismi y su deseo por conseguir un trabajo bien pagado en la empresa petrolera o Munra quien trabaja como promotor político de los candidatos en turno. Las aspiraciones de los personajes y las oportunidades que realmente se les presentan no son concordantes. De esta forma, tal como establece Marcelo Delajara et al.,

a pesar de las mejoras absolutas (mejores resultados en distintas dimensiones del desarrollo para los hijos en comparación con los de sus padres), las oportunidades aún se reparten de manera desigual, en buena medida, por la falta de mecanismos que las nivelen. Lo anterior no se limita a una cuestión de escasez de recursos materiales, sino a circunstancias como el ser mujer, ser indígena o nacer en la zona sur del país, que obstaculizan las opciones de ascenso social. (Delajara et al. 25)

Ahora bien, según ese mismo estudio de movilidad social, las causas de una baja movilidad social en México son: la fragmentación de la seguridad social; el acceso diferenciado a servicios de salud, que incluye la desigualdad de oportunidades, los problemas del Sistema de Protección Social en Salud y un panorama poco prometedor de la movilidad intergeneracional en salud; los problemas de la educación media superior, incluyendo la desigualdad de oportunidades educativas, la desigualdad de oportunidades en escuelas públicas y privadas, y problemas en el Sistema Educativo Nacional; informalidad y baja calidad del empleo, que alberga una alta magnitud de la informalidad en el mercado laboral, un círculo vicioso de empleos precarios, el origen socioeconómico y la dificultad para que los grupos vulnerables accedan al mercado laboral; la cobertura y financiamiento deficiente de las pensiones, y la exclusión financiera y el bajo nivel de crédito que afectan el ahorro y los seguros. De esta forma, el estudio pone énfasis en cómo:

[!]a desigualdad persistente y elevada suele asociarse con severos problemas sociales. Los países con mayor desigualdad presentan mayor mortalidad infantil y una proporción más elevada de población con problemas de obesidad y drogadicción. La mayor desigualdad también se asocia con mayor deserción escolar, menor desempeño de los alumnos en exámenes de matemáticas y lectoescritura, y aumentos en embarazos adolescentes. Finalmente, sociedades más desiguales tienen mayores tasas de criminalidad, homicidios y encarcelamiento. (21)

Esto se ve reflejado en la novela en la falta de estructuras sociales que posibilitarían un ascenso social. En lugar de eso, la desigualdad persistente que retrata Melchor presenta una sociedad abatida por la drogadicción, la nula mención de la escolaridad, embarazos adolescentes y altas tasas de criminalidad, homicidios y encarcelamientos. En el siguiente fragmento, por ejemplo, se puede observar el consumo normalizado de narcóticos y la inefectividad de la escuela como organismo para evitar la caída en estas adicciones:

más o menos por esa misma época empezó a fumar habitualmente, ya no solo cuando iba a la tienda de Willy los sábados, sino también en su propia casa, antes de masturbarse, y también con los vagos en el parque, con el Willy, el Gatarrata, el Mutante, el Luismi y otros batos con quienes ahora pasaba las tardes después de la escuela, bebiendo aguardiente y fumando mota y a veces inhalando pegamento o cocaína. (167)

Bajo este mismo esquema, Adrián Aguilar y Flor López coinciden con que la tendencia es que estos grupos sociales más precarizados se puedan localizar en la periferia urbana de las metrópolis latinoamericanas y que estos espacios son “producto del proceso de periurbanización, muchos de ellos de carácter informal y con déficit marcados de servicios públicos” (Aguilar y López). Asimismo, también destacan inclinación de estos grupos:

a buscar medios informales para resolver su problema de falta de vivienda, y lo han hecho en terrenos baratos con difícil acceso y con alto riesgo ambiental. Estos espacios pobres se distribuyen, así, en la periferia más alejada de las ciudades y con las mayores carencias; se trata generalmente de las peores localizaciones, donde los asentamientos forman agrupaciones en una situación muy marcada de exclusión social. Todo ella ha dado lugar a un proceso de “periferización de la pobreza”. (Aguilar y López)

Siguiendo esta lógica, Joao Biehl establece que las “zonas de abandono social, aquellas locaciones donde poblaciones o individuos serán excluidos y direccionados, convertidos en los innombrables, en definitiva, donde dejan de contar; y donde literalmente [...] ‘el Estado no quiere que pase absolutamente nada’” (Aparicio 153-54). Estas dos nociones, la de la periferización de la pobreza y las zonas de abandono social, son parte de una estructura social neoliberal y capitalista que no considera realmente a los habitantes de asentamientos periféricos como individuos merecedores de vida digna y, por tanto, funcionan como residuos desechables.

Es claro que México vive y ha vivido, en su historia reciente, un clima generalizado de violencia donde los límites entre el Estado y los llamados delincuentes no son tan claros como los gobiernos y los medios de comunicación pretenden. Se pueden mencionar algunos antecedentes que ejemplifican esta profunda conexión entre el Estado y diversos actos de violencia como la masacre de Tlatelolco en el 68 (*Animal Político*), el Halconazo del 71 (*El Universal*), los feminicidios de Ciudad Juárez entre el 93 y el 99 (Monárrez Fragoso), la masacre de Aguas Blancas en el 95 (Reyes), la matanza de Acteal en el 97 (Ramírez), los disturbios de Atenco en 2006 (“El brutal caso”), la declaración de guerra contra el narcotráfico el 11 de diciembre de 2006 (Herrera), por parte del entonces presidente de México Felipe Calderón, y la continuidad en las políticas de guerra gubernamental en los sexenios subsecuentes, el asesinato, a manos de agentes militares, de Jorge Mercado y Javier Arredondo en las puertas del Tec de Monterrey en 2010 (Carrizales y Castillo), y la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa en 2014 (Franco). Esto, claro está, sin contar los numerosos feminicidios, violaciones y abusos, por parte de las fuerzas públicas y privadas, que continúan ejerciéndose con impunidad diariamente en el país, a pesar de que el presidente Andrés Manuel López Obrador haya declarado la guerra contra el narcotráfico como terminada el 31 de enero del 2019 (Nájar). Estos antecedentes tensan la manera en que los lectores entienden y negocian

en su vida la violencia y sus víctimas. Pero, además, también se vuelven referentes que tensan el carácter ficcional de la novela.

La exhibición de la violencia y la lucha contra ella, por parte de los distintos gobiernos en turno forma parte de una estrategia necropolítica de control basada en la creación de un estado de excepción que, en palabras de Giorgio Agamben, podría definirse como “una especie de exclusión [,] un caso individual que es excluido de la norma general” (30). Parte de dicha estrategia es la creación de un enemigo público, como fue el caso de los llamados cárteles de droga en 2006, para justificar la presencia de elementos de control a lo largo de la República Mexicana. La construcción de un discurso maniqueo como explicación de los fenómenos sociales de violencia, en la que el gobierno es colocado como el bueno y los miembros del crimen organizado y los criminales son los malos, ha permitido un control efectivo bajo un “pensamiento estatal” (Bourdieu 3) reproducido por periodistas e intelectuales en todo el país. Al no poseer herramientas críticas para contraponerse a las que otorgan los organismos gubernamentales, las creaciones literarias y periodísticas sólo logran participar activamente en la creación de un discurso nacional acrítico. Dicho discurso nacional elimina las responsabilidades de aquellos en el poder y permite la conservación del *statu quo* que otorga un mayor poder al Estado.

Casos como el de Genaro García Luna, ex Secretario de Seguridad Pública de México durante el gobierno de Felipe Calderón que fue encontrado culpable de tráfico de drogas y asociación ilícita en Estados Unidos, ponen en tela de juicio estas narrativas que hoy forman parte del discurso oficial. En esta misma línea, Oswaldo Zavala argumenta que, aunque existe la venta, la organización y la violencia ligada a estos productos, lo que no existe, al menos tal y como se ha construido, es “la división que según las autoridades mexicanas y estadounidenses separa a esos grupos de la sociedad civil y de las estructuras de gobierno” (*Los cárteles no existen*, 11).

Esto ha permitido que se instaure un panorama de terror. Sobre ello,

Rivera Garza, sirviéndose del concepto de horrorismo contemporáneo de Adriana Cavarero, reflexiona sobre la necropolítica gubernamental mexicana que representa las “formas de violencia espectacular y extrema que no sólo atentan contra la vida humana, sino, además —y acaso sobre todo— contra la condición humana” (Rivera Garza 20). La polarización ha sugerido que aquellos que participan de esta economía, así como quienes pierden la vida de forma tangencial en los embates contra “grupos criminales” pueden ser considerados residuales. Aunque este carácter residual no elimina el potencial que tienen los individuos en un sistema capitalista, sí permite que, en la lógica neoliberal, su lugar pueda ser fácilmente ocupado por otros dado que “los trabajadores se ven obligados a aceptar el chantaje primordial: o morir o trabajar cuanto y como quiera el patrón” (Berardi 68). De esta forma, se obliga a la población a seguir operando con normalidad a pesar de los riesgos a los que pueden exponerse.

En la novela de Melchor el patrón al que hace referencia Berardi es uno sin rostro. El consumidor de los cuerpos y lo estupefacientes no puede ser identificado por su condición transitoria en la carretera que atraviesa La Matosa. El patrón, en ese sentido, vendría a ser el capitalismo en sí mismo. De esa forma, en la economía de La Matosa, donde la carencia de estructuras sociales y de progreso es latente, trabajar también representa morir en razón del consumo y la explotación de los cuerpos.

A raíz del anuncio del entonces presidente Felipe Calderón sobre la guerra contra el narcotráfico en diciembre de 2006, el discurso antidrogas articulado por el Estado permeó otros medios de comunicación. Oswaldo Zavala menciona que, en su mayoría, las crónicas del narco se han “configurado políticamente por discursos oficiales y no como el resultado de una reflexión periodística autónoma” (160) y que las denominadas narco-narrativas mexicanas “han sido el resultado indirecto de un imaginario popular diseminado originalmente por fuentes oficiales” (152). A partir de este análisis, Zavala establece,

[e]scribimos *narcotraficante, sicario, plaza, guerra y cártel* y con esas palabras reaparece de inmediato el universo de violencia, corrupción y poder que puebla por igual las páginas de una novela y las planas de un periódico, la letra de un corrido, la vestimenta de un narco actuando en una película de acción. El lenguaje para describir esa realidad está fatalmente colonizado por ese *habitus* cultural que solo en contadas ocasiones es posible fisurar. (162, cursivas en el original)

Gracias a esta construcción replicada en la televisión, medios de información y productos culturales, el estado de excepción consiguió justificaciones sociales para continuar en vigor. La presencia de agentes policíacos y militares se justificaba con la constante narrativa maniquea que responsabilizaba exclusivamente a miembros del crimen organizado, a quienes se les trata como desechables porque, como se pudo constatar con el caso de Joaquín “El Chapo” Guzmán y con el de muchos otros, su lugar puede ser ocupado por cualquier otro individuo que cumpla las características que plantea el discurso oficial. Pareciera entonces que su papel es tan reemplazable como el de la mano de obra precarizada.

El problema con el discurso generado y reafirmado constantemente es que es sólo la versión gubernamental, u oficialista, del hecho la que mantiene un estatus de Verdad. La representación que reciben los involucrados con cualquier actividad ilícita a partir de la declaración de guerra contra el narcotráfico es arbitraria, como refiere Judith Butler a la forma en la que reciben un rostro personajes como Osama bin Laden y Yasser Arafat frente a los medios estadounidenses:

[h]an sido encuadrados, seguramente, pero también actúan de acuerdo con el marco que se les impone. Y el resultado es invariablemente tendencioso. Se trata de retratos mediáticos puestos a menudo al servicio de la guerra, como si la cara de [b]in Laden fuera la cara del terror mismo, como si Arafat fuera la cara de la tiranía contemporánea. (177)

De esta forma, por medio de la supuesta defensa de los intereses públicos, las políticas de guerra quedan justificadas frente a la sociedad. En referencia a ello, Melchor propone una dignificación de los individuos precarizados, a los que les da historia e introduce en la narrativa mexicana. Esto se infiere del agradecimiento explícito que hace a Yolanda Ordaz y Gabriel Hüge en la novela. De esta forma, tal como establece Agustín Fernández Mallo,

[l]o que eran desdeñables residuos materiales o simbólicos que sin orden ni taxonomía se amontaban ante nuestros ojos, pasan, bajo esta nueva óptica y con tal de enfocar un poco mejor, a ser considerados como residuos complejos, coherentemente conectados en múltiples redes, no fragmentados, y por lo tanto culturalmente aprovechables de otro modo. (25)

Esta nueva valorización de lo que la sociedad neoliberal considera como residual permite realizar un discurso crítico desde la refiguración ficcional. Melchor introduce en el tiempo y el espacio, a través de lo narrativo, a estos personajes ficticios que hacen referencia a los sujetos de su investigación. De esta forma, al descentralizar el discurso y permitir que la periferia tome centro, Melchor propone un rompimiento con respecto a la lealtad del dominado frente al dominador en un plano discursivo. En este caso, con los condicionamientos necrodeícticos.

### **Precariedad en *Temporada de huracanes***

El periodo neoliberal mexicano, que inicia con los gobiernos de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas de Gortari (Rascón) y continúa hasta la actualidad, está caracterizado por un estado que posibilita, promueve, estructura y mantiene la precariedad a través de relatos maniqueístas y del progreso pues, como establece María de Lourdes Salas Luévano,

la política neoliberal en México aplicada desde 1982, no ha logrado los objetivos de desarrollo planteados, pues existe una crisis recurrente en la economía nacional, el crecimiento sostenido no ha podido lograrse, y existe el padecimiento de inflaciones constantes, desempleo, inseguridad, pobreza, etcétera; demostrando con ello, su incapacidad para generar el bienestar que tanto se pregonaba. (64-65)

De esta forma, estas políticas que continúan sin dar resultados se ven reflejadas de distinta forma dependiendo del espacio que se estudie. En lo que respecta a las periferias, tal como mencionaron ya Marcelo Delajara et al. con relación a los estados pertenecientes al sur del país, el potencial de movilidad social es aún menor, fortaleciendo así el clima de inequidad en el país. Dado lo anterior, es importante considerar lo establecido por José Manuel Valenzuela Arce en torno a la precarización que conlleva la desigualdad cimentada en la sociedad: “procesos y condiciones sociales, económicas y culturales, definidas y caracterizadas por diversas formas de inseguridad, carencias, escasez, baja calidad, insuficiencias e inestabilidades” (40). El mismo Valenzuela crea ciertas categorías para visualizar la precarización y entre ellas incluye la económica, que define como “el empobrecimiento de amplios sectores sociales, proceso acompañado del incremento de la desigualdad social y concentración de la riqueza en unas cuantas familias” (40); la social descrita como la conformación de escenarios de “violencia estructural, obliteración de los canales de movilidad social, el quebranto de la educación como palanca de bienestar y sistemas de justicia deficientes, incompetentes y corruptos” (41); la cultural o simbólica; y la que se refiere a las identidades explicadas como aquellas que refieren a “relaciones estructuradas desde prejuicios, estereotipos, estigmas, clasismo, racismo, sexismo, homofobia” (43) donde se construyen identidades desacreditables.

Siguiendo el enfoque de Valenzuela, la novela muestra a través del relato espacial lo que puede considerarse en términos capitalistas como

una precarización económica ligada a la coexistencia en proximidad, al hacinamiento, a la falta de espacio privado y personal. Los personajes conviven en una comunidad forzada donde la carencia de estructuras no les permite salir o existir fuera de La Matosa y esto determina cómo se desarrollan las actividades cotidianas. Se puntualiza que en La Matosa habitan en “chozas y tendejones” (Melchor 25) y que se considera un cuarto como una casa (63), demostrando así un desdibujamiento de los límites de lo privado. Además de ello, la periferización que describen Aguilar y López se puede ver detallada claramente en la descripción de La Matosa:

entre las viejas ruinas que según los del gobierno eran las tumbas de los antiguos, los que habitaron antes estas tierras, los que llegaron primero, antes incluso que los gachupines, que desde sus barcos vieron todo aquello y dijeron matanga, estas tierras son de nosotros y del reino de Castilla, y los antiguos, los pocos que quedaban, tuvieron que agarrar pa' la sierra y lo perdieron todo, hasta las piedras de sus templos, que terminaron enterradas debajo del cerro cuando lo del huracán del setenta y ocho, cuando el deslave, la avalancha de lodo que sepultó a más de cien vecinos de La Matosa. (15)

Tomando en cuenta las condiciones de distribución de los terrenos, el despojo, los riesgos medioambientales que en su momento causaron muertes y destrucción, además de la falta de presencia de instituciones públicas, es evidente que los habitantes de La Matosa son inexistentes para el gobierno que en teoría debería representarles.

Este panorama marcado por lo efímero y la precariedad, es un espacio también de vida y asentamiento que significa pasado, presente y futuro para muchos. Los cuerpos que habitan La Matosa también forman parte de un paisaje en ruinas que ha sido catalogado como un afuera de la sociedad, donde el tiempo no transcurre de la misma forma que en los centros urbanos. De esta forma, parece que quienes habitan estos espacios no fuesen dignos o que su

condición precarizada les quitase su condición humana, pues comúnmente se ven como obstáculos para la extracción de recursos.

En relación a esta precarización social generalizada, Melchor presenta en *Temporada de huracanes* una realidad social donde la educación y la justicia se muestran como ejes deficientes. La carencia de estructuras sociales sólidas se ve reflejada a través de la sociabilidad de los personajes. Durante el transcurso de toda la novela, sólo en una ocasión se menciona la escuela. Se sabe, además, que Norma abandonó la escuela en pueblo tras quedar embarazada y huir de casa hacia La Matosa. Además, la participación de entes de justicia, como elementos policiacos, se ve limitada a la investigación de la muerte de la Bruja y la búsqueda de su mítico tesoro. La ausencia de autoridades tiene como resultado prácticas sociales de exceso y de violencia que no son mediadas por ningún tipo de estructura social. De esta forma, la novela existe bajo una premisa de presentismo que funciona como un afuera del tiempo. La Matosa opera en una temporalidad vacía donde las ideas de progreso y desarrollo se vuelven imposibles, pues su marginalidad la define siempre al servicio de otros centros (urbanos, extractivistas, políticos, culturales, sociales y económicos).

En estos lugares no hay grandes relatos, como la educación, la felicidad o la vida prolongada, que aluden a la permanencia de los personajes con relación a su espacio de convivencia. Es decir que en la comunidad no se habla de formas de sociabilidad que tengan la posibilidad de modificar el *status quo*. No hay ningún proyecto político o educativo, ni público ni privado. Lo que se describe en la novela es un comercio constante, un tráfico, un camino. No se plantea la existencia de una vida temporalmente dividida por etapas dirigidas a un desarrollo personal, social o comunitario: lo que hay es un eterno presente precarizado.

A lo largo de la novela es notorio que no sólo La Matosa es un espacio precarizado, sino que además ahí también residen personajes sujetos a otras formas hegemónicas de vulnerabilidad. Por ejemplo, la identidad de

género y sexual de la Bruja; la sexualidad de Luismi y Brando; los estereotipos cargados a Munra por su condición física; los estigmas sociales con los que carga Chabela por haber contraído el virus de VIH/SIDA; la forma en que se alude y trata a los personajes femeninos, en especial a Norma y Yesenia. Estas identidades precarizadas generan construcciones identitarias sociales que son constantemente desacreditadas en distintos niveles. El caso más notorio es el de la Bruja, quien por su transgresión al género se ve aislada social y espacialmente. Se le considera un “choto”, “ganso”, “la loca esa” (181) y se le mantiene en la periferia, ubicada en “los cañales de La Matosa, justo detrás del complejo del Ingenio, una construcción tan fea y repelente que a Brando le parecía el caparazón de una tortuga muerta mal sepultada en la tierra; una cosa gris y sombría” (Melchor 177). Es por ello que el hecho de que se relegue a estos personajes la periferia, y a la Bruja a la periferia de la periferia, es un claro indicador de la precarización en todos sus niveles.

Finalmente, la precarización económica entra al mundo de la novela a través de las figuras de los personajes y las formas de emplearse que mantienen, aludiendo de este modo al entorno histórico y económico que se ha evidenciado anteriormente: la prostitución en el caso de Chabela, de Luismi y más mujeres “atraídas por el rastro de billetes que las pipas de petróleo dejaban caer a su paso por la carretera” (30); los hombres que forman parte de la economía itinerante de La Matosa como entes residuales que participan en la economía local al consumir en estos establecimientos carreteros y que, tal como se menciona anteriormente, son borrados a través de una sinécdoque al establecer que quienes dejaban el rastro de billetes eran las pipas de petróleo mismas; el trabajo temporal de Munra como promotor del voto para un candidato del partido en el poder; el narcomenudeo en el caso de Cuco Barrabás, y lo esotérico, lo ligado a lo místico, lo alternativo y la brujería por parte de la Bruja. Si además de esto se añade que en La Matosa existe una explotación petrolera que posibilita un mercado de explotación de

los individuos que están de paso por este asentamiento, queda claro que la explotación se extiende a otros recursos: a los seres humanos, sus cuerpos, su trabajo y su necesidad. La posibilidad de un más allá de La Matosa se alude apenas, todos llegan o son convocados a ese espacio atravesado por vías económicas. Pero, a pesar de que la novela presenta en mayor medida una explotación interna de los cuerpos de los personajes que habitan La Matosa, parece evidente que aquel que explota (el gobierno, las empresas petroleras, los camioneros, etc.) no reside en dicho lugar, no ve por su progreso. La presencia física de los pobladores crea la condición de la explotación: tienen que comer, tienen que sobrevivir, por lo que la economía es de supervivencia y no de desarrollo. Esta explotación que genera riqueza en otra parte y pobreza de donde se extrae es una prueba más de cómo La Matosa representa una economía necropolítica.

## De entre las grietas

La necrodeixis planteada hace posible una plegaria *postmortem*: la novela pone en el centro la aparición de los cuerpos, de las narcofosas y la desaparición misma, cuestiones que se viven cotidianamente en México, pero otorga dignidad a través de la sepultura. A través del personaje de El Abuelo, Melchor finaliza su novela con un gesto que puede ser leído en tono esperanzador. A pesar de la crudeza de la narración, de los símiles con los eventos que día con día azotan a México, de que la violencia tome una forma cíclica en la metáfora de las “temporadas de huracanes” que se repiten año con año, las páginas finales de la novela invitan a otro modelo de vulnerabilidad.

Si bien el concepto de biopolítica de Foucault apunta a mecanismos de dominación que permiten el control de los individuos en sociedad a través de estructuras de permanencia (escuelas, hospitales, industrias, oficinas gubernamentales, etc.) (363-84), la novela de Melchor sitúa a sus lectores en un espacio de carencias latentes. De esta forma, se ahonda en el modelo

necropolítico, y por ende necrodeíctico, al indicar que sólo es posible leer los hechos narrados bajo un criterio del control de la muerte. El hecho de que la economía de asentamientos como La Matosa radiquen en lo corporal (prostitución y mano de obra barata) y los estupefacientes (compraventa de alcohol y drogas), sin intervención de instituciones públicas en su papel de garante de los derechos humanos y del bienestar de sus ciudadanos tal como el modelo neoliberal proponía con sus ideas progresistas, es un claro indicador de control necropolítico de esos espacios.

En una sociedad donde el horrorismo y la espectacularización de la violencia han insensibilizado a sus habitantes, la imagen de un enterrador que tiene “la necesidad de hablarle a los cadáveres mientras los enterraba” (221) es atípica. Un hombre que desea “hacerles ver que no [hay] razón alguna para tener miedo, que el sufrimiento de la vida ya [ha] concluido y que la oscuridad no [tardará] en disiparse” (221) apunta a un giro que contempla las desigualdades producidas por la marginalidad y la violencia sistemática a la que se ven sometidos los sujetos en la periferia. A que, por más ruines y violentos que hayan sido, su humanidad persiste y que la reflexión debe ir más allá de esos condicionantes materiales que han relegado a muchos a unirse a esta violencia circular.

En un país donde mueren en promedio más de 100 personas diariamente (Durán), donde se han encontrado, hasta la fecha, más de 5,600 fosas clandestinas (Tzuc), donde ejercer el periodismo es sinónimo de peligro, ficciones como la de Melchor tratan de significar estos espacios inconclusos y abiertos. Esto no significa que la novela suple la necesidad de justicia, sino que extiende la responsabilidad a todos los niveles de gobierno y a la ciudadanía que goza de privilegios que se sostienen a través de la precarización de otros de responder a esta violencia. Se trata, pues, de hacer una crítica puntual a una problemática sistémica que se ha sostenido en discursos oficiales que hoy siguen careciendo de sentido real para muchos.

La novela funciona como un obituario al que se precisa recurrir como sociedad mexicana, pues si se realiza un trabajo de memoria es posible romper con el condicionamiento necrodeíctico que fija a estas personas fuera de un tiempo y un espacio de vida. Cuando se piensa en las fosas, es claro que no hay información puntual que establezcan cuándo o cómo murieron aquellos que se encuentran allí. Lo que se sabe es que sus vidas merecen ser contadas y contabilizadas dentro del imaginario colectivo. Estos cuerpos habitan “una temporalidad no sellada, inconclusa: abierta, entonces a la posibilidad de ser reexplorada en sus capas superpuestas por una memoria activa y disconforme” (Richard 107). Sus muertes son parte de una tradición política, social y cultural que hoy conforma una deuda histórica con madres, padres, hijos, hermanos, tíos, abuelos y demás familiares que siguen, día con día, buscando a los suyos incansablemente.

### Obras citadas

- Agamben, Giorgio. “El poder soberano y la nuda vida: I.” *Homo Sacer*. Valencia: Pre-Textos, 1998.
- Aguilar, Adrián, y Flor López. “Espacios de pobreza en la periferia urbana y suburbios interiores de la Ciudad de México: Las desventajas acumuladas.” *EURE (Santiago)*, 2016, pp. 5-29, [shorturl.at/imCOS](http://shorturl.at/imCOS).
- Aparicio, Juan Ricardo. “Los desplazados internos: entre las positividads y los residuos en las márgenes.” *Revista de Estudios Sociales*, no. 43, 2012, pp. 108-19.
- Berardi, Franco. *La fábrica de la infelicidad*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2003.
- Bourdieu, Pierre. *On the State. Lectures at the Collège de France, 1989-1992*. Cambridge: Polity, 2014.
- Boyer, Dominic. “Energopower: An Introduction.” *Anthropological Quarterly*, vol. 87, no. 2, 2014, pp. 309-33.
- Butler, Judith. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Carrizales, David, y Gustavo Castillo. “Soldados abatieron a alumnos del Tec, según fuentes castrenses.” *La Jornada*, 26 de marzo de 2010, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2010/03/26/politica/010n1pol>.

- Delajara, Marcelo, et al. *El México del 2018. Movilidad social para el bienestar*. Ciudad de México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2018.
- Di Bernardo, Francesco. "Capitalismo Global y Petroficción En Temporada de Huracanes de Fernanda Melchor." *Revista Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras*, no. 29, nov. 2021, pp. 81-102. DOI.org (Crossref), <https://doi.org/10.15174/rv.v14i29.548>.
- Durán, Diego. "Número de asesinatos en un día supera los 100 en México: SSPC." *infobae*, 18 Apr. 2024, <https://www.infobae.com/mexico/2024/04/18/numero-de-asesinatos-en-un-dia-supera-los-100-en-mexico-conforme-a-sspc/>.
- "El brutal caso de las 11 mujeres de Atenco que complica a Peña Nieto." *BBC News Mundo*. [www.bbc.com](http://www.bbc.com), <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37514239>.
- Fernández Mallo, Agustín. *Teoría general de la basura (cultura, apropiación, complejidad)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.
- Foucault, Michel. *Estrategias de poder*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1999.
- Franco, Marina. "El caso Ayotzinapa: Cuatro años de dolor e incertidumbre." *The New York Times*, 26 de septiembre de 2018, recuperado de <https://www.nytimes.com/es/2018/09/26/ayotzinapa-estudiantes-43-mexico/>.
- Herrera, Claudia. "El gobierno se declara en guerra contra el hampa; inicia acciones en Michoacán." *La Jornada*, 12 de diciembre de 2006, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2006/12/12/index.php?section=politica&article=014n1pol>.
- Loría Araujo, David, and Francisco G. Tijerina Martínez. "La Crisis del Capital en dos Energoficciones Contemporáneas: *Temporada de Huracanes*, de Fernanda Melchor y *La compañía*, de Verónica Gerber Bicecci." *De Raíz Diversa. Revista Especializada en Estudios Latinoamericanos*, vol. 9, no. 17, May 2023, pp. 121-47. DOI.org (Crossref), <https://doi.org/10.22201/ppela.24487988e.2022.17.85652>.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América Latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.
- Lyons, John. "Deixis, Space, and Time." *Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Melusina, 2011.
- Melchor, Fernanda. *Temporada de huracanes*. Ciudad de México: Literatura Random House, 2017.

- Monárrez Fragoso, Julia Estela. "La cultura del feminicidio en Ciudad Juárez, 1993-1999." *Frontera norte*, vol. 12, no. 23, 2000, pp. 87-117.
- Moraña, Mabel. "Escasez y modernidad." *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*, editora Mabel Moraña, Ciudad de México: Gedisa, 2017.
- Murguía, Eduardo Ismael. "Archivo, memoria e historia: cruzamientos y abordajes." *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 41, no. 1, 2011, pp. 17-37.
- Nájar, Alberto. "'Ya no hay guerra' contra el narco: la declaración de AMLO que desata polémica en México." *BBC Mundo*, 1 de febrero de 2019, recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-47082267>.
- "¿Qué es el 'Halconazo' y qué pasó el 10 de junio de 1971?" *El Universal*, 10 de junio de 2019, recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/que-es-el-halconazo-y-que-paso-el-10-de-junio-de-1971>.
- "Qué pasó el 2 de octubre de 1968, cuando un golpe contra estudiantes cambió a México." *Animal Político*, 2 de octubre de 2019, recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2019/10/matanza-tlatelolco-2-octubre-1968-estudiantes-tres-culturas/>.
- Ramírez, Jesús. "La masacre de Acteal, culminación de una política de Estado contra indígenas." *La Jornada*, 22 de diciembre de 2008, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2007/12/22/index.php?section=politica&article=007n1pol>.
- Rascón, Marco. "Carlos Salinas y el nuevo IEPES." *La Jornada*, 1 de febrero de 2011, recuperado de <https://www.nytimes.com/es/2018/09/26/ayotzinapa-estudiantes-43-mexico/>.
- Reguillo, Rossana. "Precariedad (es): Necropolítica y máquinas de guerra." *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*, editora Mabel Moraña. Ciudad de México: Gedisa, 2017.
- Reyes, Laura. "Aguas Blancas, un genocidio que aún espera justicia en México." *Expansión*, 28 de junio de 2011, recuperado de <https://expansion.mx/nacional/2011/06/28/aguas-blancas-un-genocidio-que-aun-espera-justicia-en-mexico>.
- Richard, Nelly. *Fracturas de la memoria: Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración I*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1995.

- Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desappropriación*. Ciudad de México: Tusquets Editores México, 2013.
- Robles Lomelí, Jafte Dilean. "El Chisme Como Representación Histórica de La Ausencia En Temporada de Huracanes de Fernanda Melchor." *Revista de Historia de América*, no. 161, July 2021, pp. 435–58. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.35424/rha.161.2021.1044>.
- Rodal Linares, Selma. "El Vórtice Semántico-Material En Temporada de Huracanes, de Fernanda Melchor: La Violencia Como Simulacro de La Movilidad Social." *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 11, no. 21, Dec. 2023, pp. 161–91. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.5195/ct/2023.618>.
- Salas Luévano, Ma. de Lourdes. *Migración y feminización de la población rural en México. 2000-2005*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas, 2009.
- Segato, Rita Laura. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018.
- Steyerl, Hito. *Arte duty free: El arte en la era de la guerra civil planetaria*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2018.
- Tzuc, Efraín. *México rebasa las 5 mil 600 fosas clandestinas*. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2023/10/9/mexico-rebasa-las-mil-600-fosas-clandestinas-316378.html>.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Ciudad de México: Paidós, 2016.
- Valenzuela Arce, José Manuel. "Ayotzinapa: juvenicidio, necropolítica y precarización." *Precariedades, exclusiones y emergencias. Necropolítica y sociedad civil en América Latina*, editora Mabel Moraña, Ciudad de México: Gedisa, 2017.
- Zavala, Oswaldo. *Los cárteles no existen*. Barcelona: Malpaso Ediciones, 2018.
- . "La fuga de lo político: seguridad, periodismo y los imaginarios culturales del narcotráfico en México." *Dimensiones del latinoamericanismo*, editora Mabel Moraña. Madrid: Iberoamericana y Vervuert, 2018.